¿Somos chismosos los peruanos?

Liuba Kogan 26/07/2013

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

No nos resultan extraños los chisme - fonos, las habladurías sobre la vida privada de los políticos, el drama continuo de los protagonistas de programas juveniles, los bloques de espectáculos en noticieros matutinos, las revistas y los tabloides de toda calaña regodeándose con la vida tortuosa de los famosos. Pero no solo eso, participamos con gusto de habladurías sobre los emparejamientos, errores y mala fortuna de nuestros conocidos.

¿Somos particularmente chismosos los peruanos? La verdad es que sí, pero ello no es gratuito. Antropólogos y sociólogos se han ocupado en estudiar las razones del chisme y su función social. Rutina fundamental en sociedades poco formales, con instituciones débiles y redes sociales poco densas, como en el caso peruano. Es decir, somos chismosos porque nos resulta útil serlo en ausencia de mecanismos para administrar información y generar control social.

El antropólogo Max Gluckman, encontró necesario el chisme para lograr integrar con éxito a nuevos miembros al grupo; en la medida en que es posible intuir qué conductas tienen los foráneos, que defectos guardan o que virtudes los hacen compatibles con el resto. Cuando no existen mecanismos formales para conocer al otro, el chisme es ventajoso. Por ejemplo, si no contáramos con la hoja de vida de un postulante a un trabajo, los chismes que lo acompañan –aunque no siempre ciertos- servirían para tomar decisiones sobre su posible contratación.

Pero no solo el chisme es rentable para incorporar a nuevos miembros al grupo, sino también para elegir a los líderes del mismo. Cuando buscamos que las virtudes públicas no escondan vicios privados en líderes políticos o sociales, los chismes nos proporcionan valiosa información, porque aquéllos son expertos en ocultar sus trapitos sucios. No en vano, con el apoyo de los nuevos medios de comunicación, los amores extramatrimoniales e hijos secretos de políticos de todo rango, son chismes recurrentes.

Por último, Gluckman sostiene que el chisme es una forma clásica de vigilar la moral y los valores de la sociedad. Si prestamos atención, los programas televisivos de chisme no solo entretienen, sino que son eminentemente de corte moralista: buscan desenmascarar a maridos infieles, condenar a los extravagantes o sancionar a celebridades debido a conductas que se consideran reprobables.

Pese al incremento del individualismo, los peruanos todavía nos percibimos como una comunidad, donde la opinión del otro importa. Hace poco escuché a unos jóvenes comentar que “lo que los ojos no ven, el Facebook te lo cuenta”. Hoy en día, en una sociedad de anónimos y desconocidos, las redes sociales nos dan información sobre el otro y nos permiten a la vez, chismear a nuestras anchas. Como ya no contamos con las tertulias familiares de antaño, son los amigos de los amigos, quienes con sus habladurías nos ayudan a imaginar quién es el otro, nos permiten condenarlo moralmente, o si tiene suerte, ser admitido como miembro del grupo. Si algo nos caracteriza a los peruanos, no es la indiferencia, sino el gusto por lo “sin confirmar”.